

y querellarse de que los romanos, señores del mundo, hombres á quienes distinguía la toga, estuvieran reducidos á semejante miseria.

En él la afabilidad no perjudicaba á la firmeza; no quiso el título de *dominus*, pero tampoco dió ya á los legionarios el de camaradas, conociendo que había dejado de ser soldado de fortuna. Habiéndole dado cuenta Tiberio de ciertos propósitos y quejas repetidas entre el pueblo, respondió: *Dejémosles decir, con tal de que ellos nos dejen hacer*. Como oyera á la muchedumbre clamar contra la escasez del vino y su crecido precio, dijo: *Agrippa os ha provisto de excelente y abundante agua*. Imaginando el pueblo en lo más desastroso de una epidemia que los dioses le castigaban por haber permitido á Augusto abdicar el consulado, corrió en tropel á su palacio, pidiéndole por dictador á voz en grito; pero lo resistió, prefiriendo el título de provisor general, que le puso en proporcion de subvenir á las necesidades de la ciudad. Tan digno respecto á la nacionalidad romana, le valió el título de Padre de la patria.

Esta mezcla de habilidad, de truhanería, de modestia, de firmeza y de cobardía, fué por él sábiamente empleada, y así pudo conquistarse los corazones; pero para conservar la autoridad por espacio de cuarenta años y saber persuadir al pueblo de que la seguridad de todos dependía de la conservación de su persona, se necesitaba poseer un profundo conocimiento del corazón humano, y haber nacido para gobernar.

CAPITULO XLI.

Fin de Augusto.

Apenas turban las guerras distantes la *imensa majestad de la paz romana* debida á Augusto, quien por tercera vez, desde la fundación de Roma, cerraba el templo de Jano.

Semejante sosiego, que en último resultado no era más que una ilimitada sumisión á sus voluntades, pareció un grande alivio despues de tan furiosas tormentas. Entonces á lo ménos todo el que poseía algo disfrutaba en seguridad de su hacienda, los pobres tenían pan y espectáculos, y las artes de la paz tomaban incremento. Al fin los republicanos que habían sobrevivido á las batallas y á las proscripciones, comprendían que el establecimiento del antiguo

orden de cosas, sumergiría de nuevo al país en sangrientas convulsiones. No se disimulaban las personas cautas que si el gobierno de Augusto no era perfecto, era el mejor que se podía adoptar para un pueblo corrompido. Vióse, pues, proclamado el emperador por voz unánime, padre, dios, bienhechor y reparador; pareció grande á sus contemporáneos y á la posteridad cuando no era más que afortunado.

La única infidelidad de la fortuna respecto de este astuto favorito fué negarle herederos de su propia sangre, cuando los hubiera deseado vivamente, áun que no fuera más que por estorbar las tramas contra su vida. Se había casado primeramente con Escribonia para conciliarse la familia de Pompeyo; pero tan luego como dejó de ver su interés en este matrimonio, la repudió por Livia, ya madre de Tiberio y en cinta de Druso, que arrancó á su marido Claudio Tiberio-Neron. Augusto tuvo de Escribonia á Julia casada por él con Marcelo su sobrino, á quien pensaba hacer sucesor suyo. Pero cuando parecía que todo sonreía sus esperanzas, Marcelo murió á la edad de diez y nueve años y Julia fué unida á Agrippa, aquel general célebre que hubo de repudiar á Marcela, hija de la virtuosa Octavia. Augusto siguió en esto el consejo de Mecenas, quien le hizo presente que en el grado de poder á que había llegado Agrippa era necesario desembarazarse de él ó adherirsele con un indisoluble lazo. Augusto prefirió el segundo partido, y no contento con darle su hija le hizo gobernador de Roma. Julia tuvo de él dos hijos, Cayo César y Lucio (17-21) adoptados por Augusto, que despues de la muerte de Agrippa impuso por esposo á su viuda á Tiberio, hijo de Livia, pero Julia no pudo amarle y deshonoró su lecho.

Habiase complacido Augusto en velar por sí mismo en la educación de aquella hija única, á la cual inspiraba principios de moral y amor á las letras, acostumbrándola á los trabajos domésticos, á hilar por su propia mano lana, con que hacia sus vestidos; se tenía por feliz cuando los hombres de letras hacían elogios de su discipula querida y le escribían de este modo: *Oh castidad, diosa tutelar del palacio, tú velas de continuo sobre los penates de Augusto y cerca del lecho de Julia!* Pero hubo un momento en que estas lisonjas no estorbaron que llegaran á

oidos de Augusto rumores escandalosos hasta para una ciudad tan corrompida. Acordándose entonces ménos de su título de padre que de su investidura de tutor oficial de las costumbres, resolvió hacer morir á Julia; luego retrocediendo á sentimientos más dulces la señaló un lugar de destierro, prohibiéndola el uso del vino y de todo manjar delicado. Además condenó á muerte ó á destierro á muchos de los cómplices de su libertinaje. No la perdonó durante su vida, y hasta vedó en su testamento que fuese depositada en el sepulcro de los Césares. Solía exclamar á menudo: *¡Ojala hubiera yo vivido sin esposa ó hubiera muerto sin ningun hijo!*

Dispuso que fueran educados esmeradamente los dos hijos de Julia, á quienes instruyó por sí mismo aspirando á preservarles del orgullo, sentimiento de harto fácil desarrollo, en el que creciendo en medio del fausto y de las adulaciones de una córte debe creerse más que hombre. Su sitio en la mesa era á los piés de su lecho, y le precedió en litera siempre que viajaba; expresó al pueblo su descontento porque les llamaba señores, y jamás les proponía á los sufragios de los comicios sin añadir, *con tal de que lo merezcan*. No obstante fué el primero en violar sus propias prescripciones, confiriéndoles antes de la edad requerida honores y magistraturas. Tiberio concibió por ello tal despecho que abandonó la córte, y acaso no fué extraña Livia á su muerte prematura. Entonces Augusto, aunque conocía y aborrecía á Tiberio, se decidió á adoptarle, á condicion de que él mismo adoptaría á Druso Germánico, hijo de Druso (4 de J. C.); en seguida hizo que se le asociara al poder tribunicio por el pueblo, y al imperio por el Senado, con prerogativas iguales á las suyas.

Háse dicho que la elección de semejante sucesor fué dictada á Augusto por el deseo de que se deplorara su muerte, y esta es una suposición que concordaría bastante con su carácter, pues estudiando al emperador no debe pasar desapercibido el hombre. Respecto de sus costumbres no estuvo exento de gravísimas imputaciones, y su adopción por César fué atribuida á motivos infames. En un tiempo en que Roma era víctima del hambre, dió un banquete en que figuraban los doce dioses y las doce diosas, insultando á la miseria pública y á las

creencias nacionales con desórdenes tan escandalosos, de manera que un epígrama, que circuló entónces, decia que Júpiter había apartado los ojos. Sus adúlteras intrigas le fueron sugeridas primeramente por la política como un medio de iniciarse en los secretos de las familias; pero no renunció á ellas ni áun despues de haber adquirido el poder supremo. La amistad que le unía con Mecenas no le impidió galantear á su mujer Terentila, y el benigno ministro sobrellevaba tranquilamente el ultraje con tal de que nada llegare á perturbar su voluptuosa indolencia, paraíso de los epicureos.

Despues de la muerte de este ministro, á quien se debió la moderación que manifestó el emperador luego que pasó el triumvirato, y á quien corresponden también las alabanzas discernidas al soberano por los escritores, cuando Agripa hubo dejado de vivir así mismo, Augusto se dejó dirigir enteramente por Livia, que haciendo el sacrificio de su amor propio á trueque de conservar su valimiento, secundó las inclinaciones viciosas de su marido proporcionándole queridas, oficio á que no se desdeñaban descender los amigos del príncipe. Cuenta la tradición á propósito de esto, que cierto día en que aguardaba en palacio á una dama de quien estaba enamorado, vió salir de la litera cerrada que debía conducirla á un hombre con la espada desnuda en la mano. Era el filósofo Atenoro, que quería darle una lección: *Ved, le dijo, á lo que os poneis. ¿No teméis que un republicano ó un marido ofendido se aproveche de una ocasión semejante para arrancaros la vida?* Este era para Augusto un argumento incontrovertible; pero nada acredita que le hiciera variar de conducta.

De su inhumanidad ya hemos citado suficientes ejemplares; apuntaremos no obstante algunos otros. Nombrado cónsul por la vez primera, merced al apoyo de Quinto Gelio, le confirió en recompensa el proconsulado de Africa; pero en seguida por haber concebido simples sospechas de su persona, mandó que le pusieran preso y le aplicaran al tormento como á un esclavo, y aun cuando persistiera en negar, le arrancó los ojos con sus propias manos, y luego le entregó al verdugo. Esta barbarie que, por carácter ó por cálculo, acreditó durante el triumvirato, tornó á mostrarse de vez en cuan-

do durante su vida. Con ocasion del destierro de Julia, hizo dar muerte á muchos individuos que le hacian sombra; de la misma manera procedió cuando purgó el Senado en la idea de que aquellos que quedaban excluidos podian conspirar contra su vida.

Lucio Murena y Fannio Cepion, el primero ciudadano virtuoso y considerado, libertino y deshonorado el otro, conspiraron contra el tirano de Roma, designándole con este nombre. Su trama fué descubierta, y Mecenas hizo vanos esfuerzos por ablandar á Augusto, quien, imposibilitado por ellos de obedecer á la cita, les mandó prohibir el fuego y el agua. Cepion consiguió escaparse, pero llegando á Cumas, fué asesinado dentro de Roma; mas habiendo votado su absolucion algunos jueces, asustado Augusto de aquellas apariencias de indulgencia, erigió en la ley que en lo sucesivo serian los contumaces castigados como delinquentes, y que en los asuntos criminales votarian los jueces en alta voz y no por escrito.

Pero luego que tal consolidacion de su poder le hubo disminuido el miedo, móvil supremo de sus acciones, se mostró más clemente. Acusábase á cierto Emilio Eliano de haber proferido en contra suya expresiones injuriosas: *Yo le probaré*, dijo, *que tengo lengua para hablar de él dos veces peor*. A Casio Patavino á quien no faltaba voluntad ni valor para libertar á Roma, y no lo disimulaba, le impuso por único castigo salir de la ciudad. Castigó con una leve multa á Junio Novato, autor de un libelo en que le destrozaba ofensivamente. La conjuracion más peligrosa fué la que formó en contra suya Cornelio Cinna, sobrino de Pompeyo, con muchos ilustres personajes. Fué descubierta, y vacilante Augusto acerca del partido que habia de tomar, se dejó inducir por Livia á obrar con clemencia. Hizo que se le presentara Cinna, le probó que estaba informado de los más mínimos pormenores de la trama, le recordó los beneficios de que le habia colmado, y acabó por declarar que le perdonaba; llegó hasta nombrarle cónsul.

Esto hubiera sido proceder como rey, si la generosidad no hubiera sido resultado del miedo, que le aconsejara besar la mano que no podia ver cortada; de aquel miedo que le siguió á tantas batallas en que le hizo vencedor la for-

tuna, de aquel miedo, en fin, que le hizo tan supersticioso. Si mugia el trueno se refugiaba en un soterráneo envuelto en una piel de becerro marino. Se regocijaba como de un infeliz agüero cuando en el momento de salir caia algun lijero chaparron. Al revés, era un presagio que le entristecia si se calzaba el pié izquierdo antes que el derecho, y escribia á Tiberio que no emprendiera nada en los dias de nonas, ni se pusiera en camino al dia siguiente de una fiesta.

El amor de la justicia, tampoco era desinteresado en Augusto. Asaltado de quejas contra Licinio, su liberto y su confidente, arrendatario de los impuestos en la Galia, le manda formar proceso; y ya está el reo á punto de oír su condena, cuando abre su tesoro á su amo, diciéndole que para él lo ha acumulado, á fin de que los galos no abusaran de aquel dinero, y se le absuelve.

Sabia ocultar á los ojos de los romanos aquello en que su interés le prescribia disimulo: este era un arte en que sobresalia, pues ningun principe acreditó mejor el oficio de soberano, sin exceptuar ni siquiera á Luis XIV. Vestido siempre de una manera sencilla, tenía de reserva para las ceremonias públicas espléndidos trajes y calzado con altos talones para suplir la pequeñez de su estatura. Tuvo suficiente imperio sobre sí mismo para conservar, en medio de sus dolores de nervios, de hígado y de la vejiga, un semblante constantemente sereno. Ningun adulador podia hacerle la córte más á su gusto que aquel cuyos ojos se bajaban ante sus miradas, como si se sintiera deslumbrado por tanto brillo. Cada diez años, renovó la comedia de suplicar postrado de hinojos que se le relevara del gobierno del mundo, y de hacerse rogar para conservarlo. Acometido de una enfermedad que le puso en peligro de muerte, congregó á los magistrados curules y á los principales miembros del Senado y del órden ecuestre; luego, cuando todos aguardan que va á designar su sucesor ó á recomendarles el nombre de Marcelo, se limita á entregar al cónsul su testamento con el registro de las rentas y de las fuerzas del imperio, lo cual persuadió á todo el mundo que su intencion era volver la república á su estado primitivo. Así, cuando le curó su médico Mura, se halló consolidada su auto-

ridad por esta generosa conducta, cuya sinceridad no podia poner en duda en momentos tan solemnes.

Hemos visto bajo qué condiciones protegía las letras. Embelleció á Roma con objeto de adular el orgullo nacional; debióle la ciudad la plaza y el templo de Marte vengador, el de Júpiter Tonante en el Capitolio, el de Apolo Palatino con la biblioteca, el Pórtico y la Basílica de Cayo y Livio, los pórticos de Livia y de Octavia, el teatro de Marcelo, y otros muchos edificios, de manera que pudo vanagloriarse, segun se vé en Suetonio, de haber dejado de mármol lo que habia recibido de ladrillo. Dió con frecuencia juegos en el circo prohibiendo á los demas esta facultad, y mandó erigir en medio de la arena un obelisco llevado de Egipto. Fué secundado además en esta tarea por los dos hombres cuya amistad le fué tan provechosa. Mecenas construyó un palacio con deliciosos jardines; Agrippa trajo de lejos aguas salubres que todavia subvienen á las necesidades de la ciudad. Levantó un magnífico templo á Neptuno; el panteon, que queda en pié como para sumministrarnos un espléndido testimonio de los que producian las artes en aquella época; más de cien fuentes, adornadas con trescientas estatuas y de cuatrocientas columnas. Tambien fueron dones de su munificencia termas enriquecidas con admirables cuadros y dotadas á perpetuidad con bienes raíces. Una invitacion de Augusto equivalente á un precepto, determinó á los senadores opulentos á reparar á sus expensas ciertos parajes de las vías públicas. Cornelio Balgo mandó construir un teatro, Estatilio Tauro un anfiteatro, Lucio Cornificio un templo á Diana, Mumacio Plauco uno á Saturno, Tiberio otros templos á la Concordia, á Castor y Polux, Filipo un museo, Asino Polion un santuario de la libertad. Mientras se distraian con poemas, construcciones y espectáculos pomposos, no se ocupaban del gobierno, que iba consolidando el tiempo poco á poco. No se engañaba el actor Pilades cuando aludiendo á sus querellas con el bailarín Batilo decia á Augusto: *Estoy contento, César, por que el pueblo se ocupa de mí y de Batilo*.

Augusto gobernó cuarenta y cuatro años y

vivió setenta y seis. Hallábase en Nola, cuando conociendo que su fin se acercaba (19 de Agosto, 1 de J. C.) pidió un espejo, mandó que le vistieran como para una ceremonia, y volviéndose á sus amigos les dijo: *¿He representado bien mi comedia?* y sin aguardar su respuesta añadió: *Aplaudidme*.

Para él la humanidad entera no era más que una comedia, ni más que un actor el hombre. Efectivamente, toda su existencia no habia sido más que una comedia, en la que habia aspirado mas bien á parecer que á ser. Su carácter propio se habia acomodado á las circunstancias, indiferente á la virtud y al vicio, dispuesto á proscribir á Ciceron como á perdonar á Cinna. Es fuerza convenir efectivamente en que representó bien su papel si pudo hacer que se le reputara por humano despues de tantas proscripciones, por valiente, despues de tantas fugas y sustos, por necesario cuando todas las instituciones habian perecido, por restaurador de la república cuando la demolia, por conservador de las costumbres que hollaba, por hacer, en fin, que algunos de sus sucesores pudieran complacerse dándoles el nombre de Augusto sin ver en ello una ironía.

Instituyó por herederos en su testamento á Tiberio y á Libia, y en su defecto á Druso y á Germánico. Escusábase de lo módico de ciertas mandas con lo módico de su fortuna, que no pasaba de 150.000.000 de sextercios (800.000.000 de francos) procedentes de mandas que le habian hecho sus amigos en los últimos veinte años. Legó al pueblo romano 40.000.000 de sextercios (8.000.000 de francos); á las tribus 3.500.000 (7.000.000 de francos); 1.000 á cada pretoriano (200 francos); la mitad á cada soldado de las cohortes urbanas; 300 á cada legionario. Hizo á senadores, á personajes ilustres, y aun á reyes extranjeros, mandas de las cuales una ascendia á 2.000.000 de sextercios (400.000 francos). No fué olvidado ninguno de sus amigos; habia unido á su testamento una estadística del imperio, instrucciones relativas á sus funerales, y una recapitulacion de sus actos, expresando el deseo de que fuera grabada sobre su mausoleo.